

### Cultivar la esperanza en los caminos de vuelta

MARGARITA SALDAÑA MOSTAJO. Teóloga. Familia espiritual de Carlos de Foucauld\*

(Vida Nueva, nº 3.414, 7-13 de junio de 2025, pp. 23-30)

*En este año jubilar todo nos remite a la esperanza. Sin embargo, al acercarnos a ella experimentamos de inmediato que no es una compañera fácil ni se deja reducir entre los estrechos límites del optimismo cortoplacista. La esperanza cristiana, porque orienta sin cesar nuestra mirada hacia la persona de Cristo, sabe a resurrección al mismo tiempo que sabe de fracaso. Sin el fuego de Pentecostés, los caminos de vuelta se transforman en prisiones insoportables, pero el Espíritu viene a soplar en nuestras brasas el aliento de Dios y con él la tarea de cultivar la esperanza vuelve a ser posible.*

#### EL PASO Y EL PESO DE LA MUERTE

Creer en la resurrección nunca es fácil, sobre todo si tenemos en cuenta que no se trata del *happy end* de una película dramática ni de la conclusión imprevisiblemente apoteósica de una historia que había terminado mal. No está de más recordarlo para evitar caer en las garras de la felicidad ilusa, o en ese optimismo fácil contra el cual nos pone en guardia el papa **Francisco**:

*“Existe un peligro grande: confundir esperanza con optimismo. En general, los medios de comunicación nos venden el optimismo: ‘Tome esta pastilla y no engordará más’, ‘siga este camino y hágase rico’, o cosas similares. Eso no es esperanza. El optimismo es una actitud psicológica, que puede estar hoy y mañana no, más parecido a un sentimiento pasajero de quien quiere mejorar las cosas basándose solo en la propia fuerza de*

*voluntad. La esperanza, en cambio, es la certeza de que saldremos adelante. Es esperar algo que ya está dado, no algo que queremos que se dé. Es un don de Dios, es esa virtud que llevamos en el corazón y que, radicada en su promesa, nos hace no perder el rumbo” (1).*

El lugar propio de la resurrección, entonces, no es el optimismo sino la esperanza, porque esta experiencia irrumpe en el seno de la primera comunidad cristiana cuando las cosas ya no pueden ir peor, a partir de la constatación de los efectos devastadores de la muerte. En el momento de apresarse al maestro, los discípulos corren y se dispersan buscando un refugio seguro. **Pedro** se atreve a asomarse al patio de **Caifás**, y la mirada de **Jesús** al cruzar la suya le sitúa con todo realismo en su verdadera medida: también él ha fallado, precisamente él, que estaba tan seguro de no abandonar jamás a su amigo aunque otros lo

hicieran. Los demás varones del grupo quedan retenidos por el pavor y, salvo el discípulo amado, no son capaces de soportar el escarnio supremo de la crucifixión de Jesús. En cuanto a las discípulas, algunas acompañan al Señor más o menos de lejos, y sostienen sororalmente a la madre, que siente cómo su corazón queda traspasado al pie de la cruz de su hijo. Después, cuando la tortura termina y el cuerpo es desclavado, se cierne la sombra postrera: suena la hora de la muerte.

La muerte es una experiencia corporal, que atraviesa la carne de Jesús imprimiendo en ella sus signos característicos de frialdad y rigidez. Simultáneamente, los discípulos son alcanzados por la muerte como experiencia relacional: ausencia, vacío, lágrimas, tristeza, distancia, silencio. Quizá se despierte en el grupo la dinámica del reproche mutuo ante la dificultad para aceptar el peso de la propia responsabilidad. Nada más humano: cuántas veces escurrimos el bulto y tratamos de culpabilizar a otros de aquello que no aceptamos en nosotros mismos. Tal vez se vean también sumidos en la vergüenza colectiva por haber abandonado a un maestro que ha pasado entre las gentes haciendo el bien. En todo caso, la muerte de Jesús parece poner un punto final al proyecto que habían emprendido con entusiasmo, y necesitan tiempo para asumir que el fracaso del Señor es también el suyo.

Un lapso de tres días simboliza la integración progresiva de la muerte como acontecimiento real, de modo que pueda comenzar a entreabrirse la puerta de un horizonte nuevo. Porque en la existencia cristiana, como en toda experiencia humana, no se produce un corte tajante entre la muerte y la vida, sino que ambos lugares van quedando sutilmente unidos por ciertos puentes y para cruzarlos necesitamos tiempo.

## LOS CAMINOS DE VUELTA

Los relatos pascales que encontramos en los evangelios nos recuerdan una buena noticia: la vida se abre siempre paso, aunque a menudo nos veamos recorriendo ciertos “caminos de vuelta”, impulsados por el desengaño o la pérdida. Los discípulos de Emaús, y el Desconocido que se les acerca, se hacen entonces nuestros compañeros de ruta.

Cuando vamos de vuelta nos cuesta mucho abrirnos al asombro y acoger la sorpresa. Creemos que ya hemos visto todo lo que teníamos que ver. Dejamos de dar crédito a promesas que nos parecen vacías, inútiles o impertinentes. Nos replegamos en la seguridad de lo que ya sabemos y echamos ante la realidad el cierre del escepticismo. Permitimos que la decepción lleve las riendas de nuestras relaciones. Tomamos decisiones que



nos van secando por dentro.

Algo así nos ocurre cuando vamos de vuelta. Y existen muchas situaciones en la vida que nos empujan a emprender ese peligroso camino: un fracaso profesional, un duelo, una crisis vocacional, un quiebre en el proyecto de pareja, el sentimiento de traición por parte de una persona querida... Cada una de esas circunstancias, que proyectan sin falta su sombra en un momento u otro de nuestra vida adulta, constituye una amenaza vital en la medida que nos coloca en la disyuntiva de optar entre un futuro todavía inédito o un pasado que no da mucho más de sí pero que augura una falsa tranquilidad. Ir de vuelta, en el fondo, equivale a permanecer aferrados a la muerte.

La buena noticia, el “evangelio de la vuelta”, es que la vida puede más. Lo saben bien dos discípulos que huyen de Jerusalén con la idea de refugiarse en una aldea llamada Emaús. No les falta razón para escapar: ahora que aquel a quien seguían ha muerto ajusticiado, todo su proyecto se derrumba y su propia suerte corre peligro. Ellos suponían que Jesús el Nazareno sería el liberador que esperaban, pero aquello resultó demasiado bonito para ser verdad. Lo único cierto es que la muerte lo invade todo y es preferible huir de sus cadenas.

Esos dos discípulos van a ser alcanzados por la experiencia de la resurrección, no a pesar de ir de vuelta, sino precisamente porque han tomado ese derrotero. Es ahí, en medio de sus lamentos y cavilaciones, donde Jesús comienza a marchar con ellos revelándoles muy poco a poco el sentido de lo que han vivido con él. La muerte les había incitado a romper la relación con los demás compañeros y a distanciarse de la comunidad; el primer signo de vida que perciben es este acercamiento discreto de un extraño que decide marchar junto a ellos.

Es verdad que se han alejado del grupo, pero van los dos juntos. Cierto es también que conversan entre ellos y que probablemente tengan ganas de seguir enfrascados en sus propios circuitos, pero en la maraña de su desolación encuentran la capacidad de hacer sitio a ese tercer compañero que se acerca, y por esa pequeña rendija comenzará a colarse una nueva esperanza. Cuántas ve-

ces tenemos la tentación de quedarnos dando vueltas a nuestros dolores y problemas, y cuántas veces también sentimos que despegar los ojos de nuestro propio ombligo y abrirnos a nuestro entorno nos hace bien. Allí donde los dinamismos de muerte nos inducen al aislamiento, la vida se hace sople fresco con esa lucidez tan propia suya que abre ventanas y tiende puentes.

“¿De qué vais hablando?”, les pregunta el Desconocido. Una pregunta en apariencia inofensiva, pero que va a desencadenar el relato de un gran proyecto y de una enorme frustración. “¿Acaso eres tú el único que no sabe lo que ha pasado?”. Esta respuesta les permite ganar un poco de tiempo para elaborar por dentro la historia de su tragedia. Están tan sumergidos en su dolor que para ellos no existe nada más: por eso, no pueden imaginar que alguien ignore los acontecimientos que a ellos les tienen devastados. Un movimiento bastante corriente, porque en el sufrimiento tendemos a convertirnos —a veces, secretamente— en el centro del mundo. ¿Cómo es posible —nos preguntamos entonces— que el otro no se dé cuenta de lo que me pasa y siga viviendo como si tal cosa? Y así dejamos que el dolor se apodere de todo y nos haga juzgar con dureza a quienes viven algo diferente.

Pero en ese itinerario, complejo y tremendamente humano, el Resucitado continúa haciendo su camino a poco que le dejemos marchar a nuestro lado. Como si en lugar de preguntar “qué ha pasado”, su interés verdadero fuese saber “qué nos ha pasado”. Hay que dar un gran salto para interpretar la resonancia interior de ciertos acontecimientos de nuestra vida. Necesitamos afinar un poco mejor cada día nuestros sentidos si pretendemos comprender lo que de verdad “nos ocurre” cuando “ocurren” ciertas cosas. El contacto asiduo con la Palabra va adiestrando nuestros ojos y nuestros oídos para aprender a captar esos significados que permanecen ocultos mientras nos deslizamos por la vida a toda velocidad. Al orar nos sucede, misteriosamente, como a los dos de Emaús: experimentamos que este Desconocido se toma el tiempo de ayudarnos a desentrañar el sentido de lo que vivimos.

Cuando esto acontece, a medida que la oscuridad comienza a disolverse, nos preguntamos con verdadero asombro: “¿No ardía nuestro corazón

mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?”. Es posible que aún no sepamos poner nombre a ciertos deseos, pero sentimos que brota en el hondón de nuestro ser un anhelo, una petición: “¡Quédate con nosotros!”. La oración fluye entonces tejida de una súplica sencilla que se apoya en la certeza de que con él todo vuelve a ser posible. Esperar cuando vamos de vuelta significa dejarnos abrir los ojos por la Palabra y permitir que el Pan nuevamente repartido llegue a través de nuestras manos a la humanidad que sigue hambrienta de esperanza y de sentido. El camino de los dos de Emaús se hace entonces, también para nosotros, retorno a la vida y envío a lo cotidiano, con la alegría de la resurrección.

### **CLAVES PARA CULTIVAR LA ESPERANZA**

Si Jesús ha resucitado y está vivo, ¿cómo podemos descubrir hoy su presencia y entregarnos con gozo nuevo a la misión, sobre todo en esos caminos de retorno donde sentimos que ciertas experiencias dolorosas nos hacen propensos a la desconfianza y a la inercia? Cultivar la esperanza se revela allí un proceso complejo, que requiere ciertas claves personales y comunitarias para continuar adhiriéndonos plenamente a la larga peregrinación del Evangelio.

#### **Percibir lo que ocurre**

Denominamos “realismo” a la capacidad de contemplar las cosas como son, sin idealizarlas vanamente y sin percibir las como catástrofe inexorable. Confundimos a veces el realismo con el pesimismo, como si el hecho de mencionar sin ambages las zonas disfuncionales de la realidad equivaliera a hundirse en un pozo negro. En nuestros días, a veces, el realismo se equipara al pesimismo, mientras que nos vemos empujados hacia la tiranía de la felicidad, obligándonos sutilmente a ver el vaso medio lleno y culpabilizándonos cuando lo que nos salta a la vista es más bien el vaso medio vacío.

Contra lo que pudiera parecer, la persona realista no es pesimista, en la medida que no se deja aplastar por el peso de la realidad. Tampoco es optimista, puesto que no cree en varitas mágicas que nos lleven a flotar en confortables burbujas, después de deshacer con un toque instantáneo ciertos nudos bien apretados por las circunstan-

cias. La persona realista cuenta con lucidez suficiente como para hacerse cargo de lo que sucede, tal y como sucede, esto es, detectando resquicios de posibilidad y asumiendo las aristas inherentes a cada situación.

El dolor ejerce a menudo un papel obstaculizador a este sano realismo, ya que las heridas abiertas tienden a teñir con su carga de sufrimiento toda nuestra percepción. Los dos discípulos de Emaús, mientras conversan entre sí sobre todo lo que ha sucedido, probablemente van dando vueltas a las consecuencias nefastas de sus opciones. Habían apostado todo a una sola carta, y han perdido. En este primer momento del relato, su modo de leer la historia de Jesús y de su seguimiento carece de realismo: encerrados en el dolor y en el miedo, solo ven lo que han perdido, sin recordar por ahora las huellas profundas que ha dejado en ellos la relación con Jesús.

Tender al realismo, tratar de ajustar la mirada para captar los múltiples aspectos de una realidad compleja, es un primer paso para cultivar la esperanza. Porque el futuro que se nos promete no está al margen del presente ni del pasado, sino que se perfila como horizonte de sentido a partir de lo que vivimos concretamente y de las marcas que la historia ha ido imprimiendo en nosotros.

#### **Caminar juntos**

Apresados por el dolor, los dos discípulos de **Lucas** van de vuelta, pero van juntos. Su peligrosa determinación de encontrar refugio lejos de la comunidad, incluso quizá de regresar al pueblo que habían abandonado hace tiempo para seguir a Jesús, halla un mecanismo de seguridad en esa otra decisión de caminar en compañía. Es así, de dos en dos, como Jesús había ido enviando a sus seguidores para anunciar la buena noticia. Ahora que los caminos no parecen conducir ya a la vida del Reino, sino más bien a la muerte de la utopía, ellos conservan aún el beneficioso reflejo de apoyarse mutuamente.

Desde hace años, utilizamos la palabra “sinodalidad” para expresar el modo de ser propio de la Iglesia, llamada a recorrer los caminos del Evangelio yendo “juntos y juntas”. Aunque este neologismo no ha entrado todavía en el diccionario de la Real Academia, los cristianos nos hemos acos-

tumbrado a utilizarlo en nuestras conversaciones. Lo que no deja de sorprendernos es el alto potencial de esperanza que alberga la sinodalidad. Gracias a ese dinamismo, comprendemos mejor que, en medio de las dificultades propias de la vida cristiana, no es momento de estancarse en el cansancio, sino de reconocer que el seguimiento de Jesús implica siempre movimiento y compromiso compartido.

El decrecimiento eclesial en Europa aparece como una realidad punzante, pero también como una oportunidad para descubrir que el camino debe recorrerse en alianza. La pérdida nos enseña que no estamos llamados a caminar solos, y que los proyectos se fortalecen cuando los compartimos con otros. Más aún, en un mundo marcado por el individualismo, la decisión de caminar juntos es un testimonio profético. La fe nos impulsa a salir de las inercias del pasado, a abrir los ojos a las necesidades del mundo y a responder con creatividad. A pesar de la fatiga y las crisis, el Espíritu nos llama a la solidaridad fecunda, reafirmando que el verdadero camino de la esperanza solo se puede recorrer en comunidad.

### **Reconocer nuestros bloqueos y cortocircuitos**

Lucas indica gráficamente que los discípulos de Emaús iban “con aire entristecido” y que “sus ojos estaban retenidos” y no podían reconocer a Jesús en la persona del Desconocido que se les acerca. Todo su ser se encuentra bloqueado hasta tal punto que en ellos se produce un cortocircuito vital, de modo que ya no pueden continuar hacia adelante. Más bien, se proyectan hacia atrás y tratan de alcanzar un lugar seguro que les permita alejarse de lo que han vivido con Jesús.

Los bloqueos nos resultan familiares en distintos momentos de la existencia y, aunque tienen orígenes muy diferentes, nos van sumiendo en un estado global de estancamiento. En ocasiones, nuestro cuerpo reacciona y emite señales que conviene escuchar: dolores de cabeza, molestias intestinales, problemas de sueño y tantos otros signos que nos hablan de que algo en nuestro interior se encuentra apresado y no logra fluir.

Una vía rápida, pero insegura, para afrontar esta situación consiste en tratar superficialmente los síntomas sin llegar realmente hasta el fondo don-

de se originan. Sin embargo, observar nuestro cuerpo y tratar de interpretar los mensajes que nos proporciona puede ser un buen camino para crecer en un mayor conocimiento personal. Mientras que impedimos el contacto con aquello que nos bloquea, mientras que no nos atrevemos a sentirlo como propio y a nombrarlo, no podemos avanzar. Una nueva esperanza se abre paso desde el momento en que nos otorgamos el permiso necesario para dejarnos ser tal como estamos, sin juzgarnos ni condenarnos, prestando una atención cariñosa a nuestros aires entristecidos y abrazando con ternura esas zonas especialmente heridas que nos causan dificultad para continuar caminando.

### **Apoyarnos en nuestros fondos sanos**

En la situación aparentemente desesperada que atraviesan los dos de Emaús, no todo es bloqueo. Es cierto que van encerrados en su propio discurso y no paran de dar vueltas a lo que ha ocurrido, pero es cierto también que les queda un fondo sano que actuará como trampolín de la esperanza. A pesar de la cerrazón en la que se hallan recluidos por el miedo, en ellos permanece suficientemente activa la capacidad de abrir su tienda, de acoger, de dejar sitio a un extraño.

Mal que nos pese, aunque en el fondo nos gustaría ser capaces de resolver por nuestros medios todos los problemas, hemos de reconocer que de las situaciones de mayor desolación no podemos salir solos. En esas circunstancias, necesitamos llenar nuestros pulmones de un aire fresco que proceda del exterior, un aire puro y libre de la contaminación que provocan nuestros inacabables razonamientos. Esa presencia bienhechora, con potencial para abrir brechas de esperanza, adquiere contornos diversos y sorprendentes: alguien cercano que ofrece un buen consejo, una lectura que nos recomiendan, un tiempo más denso de recogimiento y oración...

Pero, de un modo todavía más asombroso, la luz procede a veces de lugares y personas que nunca esperaríamos y que nos resultan ignotas, desconocidas. Apoyarnos en nuestros fondos sanos significa entonces no cerrarnos a esa compañía que se nos ofrece sin haberla buscado, más aún, sin haberla ni siquiera imaginado y que trae con ella la posibilidad de reinterpretar lo vivido gracias



a un modo nuevo de contactar con la historia.

### **Mantener la capacidad de dialogar**

Nuestra cotidianidad está llena de palabras. Muchas de ellas, tal vez la mayoría, pasan sin dejar huella y las olvidamos casi de inmediato. Algunas son mortíferas porque funcionan como vehículo del desánimo y sustraen los signos propios de la vida; son palabras que turban, agobian, entristecen, amenazan, hieren, dañan la reputación y el buen nombre de las personas, cavan hondos fosos de distancia en las relaciones. Si al final de la jornada hiciésemos un ejercicio de memoria de las conversaciones mantenidas a lo largo del día, es probable que nos sorprendiera la cantidad de palabras vanas y mortíferas que han pasado por nuestros pensamientos y por nuestros labios.

Pero, junto a ellas, habitan también las palabras vitales, aquellas que son esencialmente generativas porque transmiten vida. Estas palabras, ojalá que muchas, consiguen teñir el ambiente de esperanza sin refugiarse en castillos de color de rosa. Subrayan todo aquello que, en la realidad presente, con sus rincones complicados y dolorosos, alimenta el bien. Las palabras vitales restauran la memoria, liberan del miedo, inspiran confianza, tejen vínculos. Al pronunciarlas, la vida resulta más ligera.

Por su propia naturaleza, las palabras gestadas en el interior buscan un interlocutor que las reciba e interprete. Dialogar significa establecer una relación a través de esa palabra que busca un eco de resonancia en un “otro” dispuesto a acogerla. El Desconocido de Emaús se acerca a los dos discípulos uniéndose a la conversación que ellos traen, y que va desarrollando un discurso mortífero, para imprimir en ella un giro nuevo por medio de un diálogo más ancho. Los discípulos, que hubiesen podido blindarse en el relato de su propia frustración, hacen el ejercicio de dejarse interrogar, y de este modo se vuelven permeables a un diálogo salvador.

### **Atrevernos a poner palabras “de verdad”**

En esa iniciativa preñada de esperanza, que consiste en dilatar el diálogo más allá de lo sabido, el Desconocido opta por situar a los caminantes en la necesidad de contactar nuevamente con el origen de su fracaso. Ya no se trata solamente de hablar, sino también de tomar conciencia del alcance que alberga el contenido de su conversación. Poner palabras “de verdad” resulta doloroso, porque la narración de lo que “ha pasado” conduce a tocar y a nombrar el efecto que tal narración ejerce sobre ellos: el fracaso de Jesús “ha ocurrido”, sí, pero también “les ha ocurrido” a ellos mismos.

Contactar con las esperanzas ajadas o muertas es un primer paso necesario para que el porvenir pueda abrirse camino, dado que lo que está por venir no logrará hacerlo mientras que encuentre el terreno repleto de los escombros del pasado. Sin embargo, el mero contacto no basta; es preciso dar un segundo paso, que obliga a asumir ciertos finales y a hacerse cargo de sus repercusiones por medio de la palabra compartida. Solo entonces, cuando sabemos realmente lo que significa estar de vuelta porque hemos puesto palabras verdaderas a lo vivido, y además lo hemos hecho ante un testigo que escucha y acoge, quedamos habilitados para entablar ese misterioso diálogo salvador que avanza por el camino de la pregunta y de la escucha.

### **Exponernos a recibir palabras “de verdad”**

La conversación sanadora y salvadora implica una reciprocidad tanto de palabra como de escucha. Si los dos discípulos se han tomado el tiempo de reconocer la verdad de su propia historia y de exponerla ante ese caminante que se ha acercado a ellos, ahora llega el turno de palabra del Desconocido, que hasta el momento se ha limitado a acoger sin apostillas el relato que le brindan. Escuchar así no es fácil, porque enseguida nos asalta la tentación de aportar el propio punto de vista, interrumpiendo incluso a nuestro interlocutor para intercalar comentarios que nos parecen apropiados.

El Desconocido actúa de otra manera. Primero, escucha sin impaciencia alguna, y solo después toma la palabra. Cuando lo hace, eso sí, su intervención resulta asombrosa. Para comenzar, les interpela con aparente crudeza: “¡Qué torpes y qué lentos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas!”. Únicamente ahora que ellos han puesto palabras de verdad a su propia historia, quedan habilitados para acoger esas otras palabras de verdad que les llegan desde el exterior, sin rechazarlas con indignación y sin cerrarse a ellas por miedo. Y los discípulos, sorprendentemente, no alegan nada en su defensa; al exponerse a esas palabras verdaderas, darán un paso nuevo hacia la luz.

Dice el refrán que “quien bien te quiere, te hará llorar”, pero a menudo nos resulta insoportable exponernos a la corrección que nos ayuda a cre-

cer. Nuestro ego desajustado se revuelve y se siente humillado, trata de justificarse con explicaciones de toda clase, busca subterfugios con tal de dejar de temblar. En los caminos de vuelta andamos resabiados y no aceptamos fácilmente que se nos cuestione. Sin embargo, a través de planteamientos que nos desenmascaran, puede comenzar a filtrarse una claridad nueva.

### **Asumir los tiempos lentos, los procesos largos, los silencios germinales**

Según Lucas, el Desconocido acompasa su discurso a la capacidad de comprensión de los dos discípulos; puesto que ellos son “lentos”, él les introduce en una extensa explicación de la Escritura, “comenzando por **Moisés** y continuando por todos los profetas”. Sin duda, este relato requiere mucho tiempo o, al menos, el tiempo necesario para ayudarles a comprender que lo que el Mesías ha vivido era “necesario”.

Dios nunca tiene prisa; somos nosotros quienes a menudo anhelamos abreviar ciertos tiempos que nos parecen demasiado largos, porque mientras transcurren habitamos en zonas de incómoda incertidumbre. En los caminos de ida, en la construcción de proyectos, invertimos un inmenso caudal de energía. Por eso, cuando nos sentimos de vuelta porque alguno de esos proyectos ha fracasado, la resolución rápida no constituye más que una salida ilusoria.

Es ahí, al concedernos permiso para vivir con hondura el proceso, donde experimentamos la necesidad de releer despacio lo vivido y de comenzar a reinterpretar en clave de salvación cada circunstancia y cada paso, incluso aquello que todavía duele y sabemos que nos costará integrar. Los tiempos lentos y los procesos largos vienen a menudo acompañados por silencios germinales, por situaciones en las que no queda espacio interior más que para callar y escuchar porque aún no hay nada nuevo que decir. Si nos atrevemos a acunar el silencio, tal vez percibamos latir en su fondo más remoto el germen de un sentido nuevo que comienza a tomar una forma que aún permanece velada a nuestros ojos.

Redescubrir la esperanza en los caminos de vuelta comienza a ocurrir cuando nos arriesgamos a aceptar que también el lado fallido de ciertas eta-

pas o situaciones “era necesario” para poder vislumbrar la vida desde una profundidad diferente. Esa constatación se desarrolla progresivamente, tal vez porque llega asociada con la memoria del dolor y necesita ser tratada con especial cuidado. Pero, a medida que este proceso va ganando terreno, un nuevo deseo empieza a encenderse por dentro.

### **Dar cauce a los deseos**

Una extraña energía vital se ha movilizad o mientras se recorren los setenta estadios que separan Jerusalén de Emaús. Los dos discípulos que abandonaron la Ciudad Santa sumidos en la desesperanza y el miedo, con el objetivo de borrar de la memoria el fracaso vivido junto a Jesús, se han visto inesperadamente alcanzados por un dinamismo nuevo. Todavía no saben quién es el Desconocido que marcha junto a ellos, pero ya intuyen en él una presencia restauradora.

La lenta narración de lo vivido no cansa; más bien, al contrario. El tiempo dilatado ofrece la oportunidad de degustar la palabra compartida, de dejarse sorprender e interpelar, y también de abrirse a la posibilidad de un sentido más hondo que empieza a percibirse como promesa. Es ahí donde surge el deseo de estirar un poco más la compañía: “¡Quédate!”.

Ese deseo que brota a las puertas de Emaús representa un auténtico punto de llegada. El camino de la frustración y de la desesperanza termina precisamente aquí, porque en este deseo naciente confluyen a un tiempo la memoria reconstruida y la intuición de un horizonte nuevo. El ímpetu de este deseo se desborda en una insistencia casi imperativa, quizá desde la conciencia humilde de que a ese Desconocido no se le puede retener por la fuerza, sino por la súplica.

En todo proceso de retorno hay un momento en que la luz empieza a despuntar y sentimos que puja de nuevo el deseo de vivir y de generar vida alrededor. La interpretación del pasado se retira entonces discretamente para dejar todo el lugar a un deseo que se asoma con timidez, presagiando un porvenir inusitado. Ese deseo no procede del optimismo fácil; todo lo contrario, nace arraigado firmemente en una historia que no reniega del dolor ni del fracaso. Por ello, ese deseo es consis-

tente y solo necesita que le dejemos fluir con anchura para fecundar a su paso toda la realidad.

### **Convertir nuestros sentidos**

En torno a la mesa de Emaús, la historia adquiere su giro definitivo a través de un diálogo que ya no pasa por las palabras sino por los gestos. El Desconocido realiza cuatro signos que los discípulos reconocen instantáneamente: toma el pan, pronuncia la bendición, lo parte y se lo da. Cada uno de ellos guarda un vínculo directo con la historia compartida: las comidas cotidianas, el hambre saciada de las multitudes, las invitaciones en muchas casas de gentes poco recomendables, aquella última cena... Los discípulos recuerdan que, muy cerca ya del trágico desenlace de su vida, Jesús asoció de una manera particular su propio cuerpo al pan partido y repartido. Porque fueron conociendo al Señor en el seno de muchos encuentros, pueden reconocerle ahora que se presenta a ellos con una apariencia distinta pero idéntico mensaje.

Alrededor de la mesa eucarística en la noche de Pascua se fragua así una experiencia hondamente transformadora. Los sentidos quedan convertidos para percibir las señales del Señor en los pliegues de realidades tan desgastadas como el pan nuestro de cada día. Allí donde lo exterior no cambia, los sentidos iluminados por el Espíritu quedan habilitados para descubrir esa presencia que lo penetra todo. Hasta entonces, los ojos de los discípulos habían permanecido bloqueados por la desesperanza; el encuentro con el Resucitado abre sus miradas y les permite reconocer en él los signos inconfundibles del maestro que un día los llamó a dejarlo todo y a vincular con él su destino. Si ahora le reconocen es porque durante mucho tiempo le fueron conociendo, siguiendo y amando.

### **Avivar el fuego del corazón**

El corazón “lento para creer” salta de alegría. Al término de los caminos de vuelta, esos que nos llevan por los vericuetos de la frustración y de la desesperanza, lo que encontramos no es una serie nueva de razones para reemprender el camino gracias a la fuerza de voluntad, sino un gozo recién estrenado que se expresa en asombro, canto, alabanza, agradecimiento, fiesta. A lo largo del

trayecto hacia Emaús, el Desconocido no explica las Escrituras para convencer, porque la tristeza que envuelve a los discípulos no se sitúa en el orden de las ideas. Sentados a la mesa, no sucede una conversión intelectual o voluntarista, sino una íntima conexión con el motor afectivo de la vida: el corazón arde, y ese fuego tiene la capacidad de dar un vuelco a ciertas opciones que parecían irreversibles.

Saturados por tantos estímulos, mensajes y palabras, con frecuencia nos cuesta conectar con aquello que nos hace arder el corazón. Se nos va secando la fuente y se nos apagan los significados nuevos, en la medida que nos quedamos en la superficie de las ideas, de los mandatos o de la inercia. Los caminos de vuelta guardan por ello un mensaje salvador, ya que nos despojan de falsos agarraderos, nos confrontan a la verdad de lo que somos, hacen emerger nuestra desnudez y nos sitúan en la posición idónea para dejarnos afectar por lo esencial.

El fuego que arde en el corazón es gracia. No lo provocamos nosotros ni somos capaces de adelantar su hora. Se despierta cuando estamos preparados para experimentarlo, con frecuencia después de largas etapas de frío vital, atravesadas en la compañía velada de ese Desconocido que se nos acerca. Pero, si el fuego es gracia, atizarlo y mantenerlo vivo es responsabilidad nuestra. Por ello, conservar el corazón centrado en lo que realmente importa, combatiendo cotidianamente la seducción de tantos señuelos distractivos, constituye una tarea imprescindible para seguir cultivando la esperanza.

### Cerrar procesos

La luz de la Pascua irrumpe de muchas maneras. A **Pablo**, en el camino de Damasco, le ciega momentáneamente y le obliga a dejarse conducir hacia un nuevo modo de ver, liberado ya de las escamas de sus propios razonamientos. A nuestros dos discípulos, en el camino de Emaús, los ojos retenidos se les van desbloqueando progresivamente al contacto con la palabra de Jesús y con el pan partido. Esta luz que llega de modos diversos imprime en quien queda iluminado por ella un dinamismo semejante: hay que levantarse y ponerse otra vez en camino, aunque sea de noche.

Como nos recuerda Francisco, estamos llamados a mantenernos siempre en camino, consintiendo a nuestra condición peregrinante: “La vida cristiana es *un camino*, que necesita *momentos fuertes* para alimentar y robustecer la esperanza, compañera insustituible que permite vislumbrar la meta: el encuentro con el Señor Jesús”(2).

Algunos de esos “momentos fuertes” ocurren, paradójicamente, en ciertos caminos de retorno, donde sentimos que hemos perdido el horizonte y solo podemos aguardar a que el Señor se nos acerque de nuevo. Cuando eso ocurre, cuando la presencia del Resucitado vuelve a hacernos arder el corazón, la esperanza que se pone nuevamente en pie nos empuja a cerrar procesos, a convertir la alegría en regreso, el regreso en encuentro, y el encuentro en anuncio.

La esperanza nos remite a Dios y a su promesa, y nos ubica necesariamente en el marco de la comunidad. No esperamos solos, ni esperamos únicamente para nosotros. La esperanza que se abre paso a través de las complejidades del presente nos orienta a traducir nuestra confianza en gestos concretos que encarnan la resurrección dentro de lo cotidiano, en las grandes opciones y también en las pequeñas. Después de recorrer los caminos de vuelta, sabemos mejor que antes que el paso y el peso de la muerte no tienen la última palabra, y por eso podemos cultivar serenamente la esperanza. Porque, en medio de las sombras incesantes de la vida, una luz misteriosa nos permite intuir que Jesús está vivo y marcha sin tregua a nuestro lado.

### NOTAS

1. Papa **Francisco**, *La esperanza no defrauda nunca*. Mensajero 2024, pp. 11-12.
2. Papa **Francisco**, ‘*Spes non confundit*’. *Bula de convocación del Jubileo Ordinario del Año 2025*, n. 5.

Margarita Saldaña es autora de diversos libros de teología y espiritualidad, entre otros:

- Palabras vitales, Sal Terrae 2024
- Tierra de Dios, Sal Terrae 2019
- Cuidar. Relato de una aventura, PPC 2019
- La mujer del perfume, San Pablo 2022